¡Llevad la lei de la verdad enmedio de las sombras de la ignorancia o de la duda!

***

Veamos ahora cuál ha sido la tradición de un Fraile de quien todavía conservan recuerdos los naturales del pueblo de Tarecuato, del Estado de Michoacán, para entrar luego de lleno a la vida pública del virtuoso Prelado Sr. Fernández.

Tarecuato es un pueblo antiguo. Hubo allí, hará como 300 años, un santo varón, justo i virtuoso, que todo lo hacía violentamente. Los indios, admirados, se quejaron al Obispo de Morelia, acusándolo de estar poseído del demonio; el Obispo le llamó, i el aviso lo recibió Frai Jacobo, sábado en la noche; al día siguiente, después de la primera llamada de misa, salió rumbo a la capital a pie, i llegó a tiempo de que el Obispo estaba en su sala próximo al desayuno.—Mui buenos días tenga su Ilustrísima; soi Frai Jacobo, i aquí me tiene usted a su disposición—dijo quitándose la capa que iba húmeda.—¿Se mojó usted algo?—Sí, Ilustrísimo Señor; pero con permiso, mientras que hablamos, la voi a poner al sol para que se seque. I diciendo esto la aventó sobre un rayo de sol que entraba por la ventana, quedando la capa en el aire. El Obispo, al ver esto, quedó admirado i se postró a los pies del Santo Varón. En seguida Frai Jacobo dijo que esperaba el asunto, pues había mandado dar primer llamada de misa en Tarecuato, i sus

indios necesitaban de la misa. El Obispo le dijo que se fuera; tomó su capa i salió. El Obispo mandó a dos sacerdotes que le siguieran i en las últimas calles de la ciudad se perdió. Llegó a Tarecuato i el templo estaba casi lleno, pues era mui exacto, i sus fieles sabían que dando la última llamada salía a celebrar la misa. Informándose el Obispo después, si había llegado oportunamente a Tarecuato, supo que era cierto.

A 200 metros de la plaza de Tarecuato, camino de San Angel, pasa un arroyo que en la estación de aguas es un río por la cantidad de agua que lleva; viendo Frai Jacobo las dificultades de los caminantes, puso un puente en solo una noche. Ese puente tiene dos arcos, es de piedra, i una meseta trigueña; por debajo se ve un muro mal hecho, las piedras nada parejas, por encima mui perfecto, i en el tiempo que se dice tiene, parece que hace un año está al servicio.

Al N. O. de Tarecuato hai un manantial entre unas piedras, llamado "Sudario." Se dice, que no teniendo la población agua, por haberse secado el ojo de agua de donde antes la tomaban, i viniendo este señor de una confesión, con su bastón tocó aquellas piedras después de haber dicho a aquellos indios que se fueran, quedándose solo.

El manantial tiene de barranca como 7 metros i están las piedras goteando, i ni un chorro, por delgado que sea, se deja ver.

Ese bastón, antes de morir, dispuso lo plantaran en medio del patio, el cual existe; pero es un naranjo

que tiene como 6 metros de altura; es mui sabido que en ninguna estación deja de dar fruto, pues cuando unas naranjas están verdes, otras están mui amarillas; i tienen tanta fe en sus hojas, que cualquier dolor lo curan tomando un cocimiento de ellas.

La Mitra de Morelia ha trabajado por adquirir los restos, pero es un secreto que hai entre dos indios que se transmite entre otros al morir. Se refiere que un Cura, Frai Navarrete, de acuerdo con el Obispo de Morelia, quiso saber dónde estaban los restos i logró que dos indios los llevaran; se comprometieron, pero con la condición de ir vendado. Admitió, mas llevaba unas cuentas de rosario que fué tirando para no perder el camino; llegó, i se dejó oír una voz que dijo: "Tal vez hasta hoi os acompañe; id en paz. Navarrete, orad por el pueblo." Se retiraron, lo vendaron de nuevo, i al llegar al Curato, un indio le dijo: "Padre Cura, toma las cuentas de tu rosario, se te reventó, sin duda, i las ibas tirando."

Es tradición que dijo: "El primer Obispo que ayude al de Morelia, morirá en este pueblo, pues será un hombre justo." I así fué; el Sr. Peña José Antonio murió en la sala del Curato, en cuyo lugar (rincón N. E.) está una inscripción que recuerda el día de la muerte de tan Ilustrísimo Señor. No cabe duda que fué un varón virtuoso.

La casa que rodea al templo i aun el mismo, es de tiempo de Frai Jacobo; formó un convento i mucho hace que tiene las paredes cuarteadas; pero no se derrumban. La mano del tiempo respeta esos lugares.

Unos fresnos que plantó Frai Jacobo existen aún, así como una grande Cruz como de 3 metros, de cantera, que puso enmedio del atrio.

Con justicia los hijos de Michoacán se precian de tener entre sus antepasados a hombres como Frai Jacobo, i de tener por base de su historia eclesiástica, hechos sobrenaturales que sólo se dispensan a pueblos escogidos por Dios, como lo fué el pueblo hebreo a quien el Señor colmó de beneficios i se le reveló por su Omnipotencia en su Hijo Humanizado.

Pues bien, el Sr. D. José Fernández i la Sra. Dª María Barragán, padres de nuestro biografiado, inculcaron en el corazón de aquel niño, el primogénito de la familia, el sentimiento religioso que había de fructificar más tarde en pro de la Iglesia Católica.

En la edad competente le dedicaron a los trabajos del campo en un terreno llamado "El potrero de Herrera," i con aquella vida tranquila cuanto humilde, el joven Fernández se vió libre de la corrupción con que el mundo recibe al que deja de ser niño para llegar a ser hombre.

Hasta la edad de 16 años estuvo en el campo; después fué llevado a Cotija i fué puesto en la escuela, i dos años después entraba como alumno al Colegio que estableció el memorable Ilustrísimo Sr. Cázares i de cuyo plantel han salido muchas eminencias como lo es el Ilmo. Sr. Fernández.

Después de cursar Matemáticas pasó a Zamora para continuar la carrera eclesiástica, la cual terminó con brillante éxito i con beneplácito de su familia i

de sus maestros, i en abril de 1892 cantó su primera misa en Peribán.

Poco después, en agosto del mismo año acompañaba al Ilmo. Sr. Cázares como familiar i era nombrado Vicario de la Parroquia de Uruápam.

En 1896 fué nombrado Vice-Rector del Seminario de Zamora i Ayudante del Cabildo, i en mayo de 1898 fué nombrado Prebendado como premio a sus trabajos en los puestos que había desempeñado.

¡Digna i justa recompensa a quien, como el Sr. Pbro. Fernández, se consagraba, ya a los servicios de un familiar, ya a las tareas de una parroquia pobre, ora a la enseñanza de los seminaristas, ora a las labores arduas de un Cabildo!

Por eso el Ilmo. Sr. Cázares le pidió como Coadjutor al Visitador Apostólico, habiendo sido consagrado Obispo de Jloe el 21 de mayo de 1899.

El 31 del mismo mes cantaba su misa pontifical en su pueblo natal, i llena el alma de recuerdos de la infancia, sin odios para el destino, porque le negó bienes de fortuna, elevaba la hostia en el templo humilde de aquel pueblo i hacía votos por la felicidad de sus habitantes.

¡Con cuánto regocijo no oficiaría el desheredado de la fortuna que tornaba junto al hogar i bajo el cielo del *Potrero de Herrera* con una mitra i un báculo!

Los dichosos padres del Ilmo. Sr. Fernández asistieron desde la gloria a aquella misa, pues el uno falleció en enero de 1894 i la otra en agosto de 1898.

¡Dichosos los padres que tienen tales hijos!

¡Dichosos los hijos que, como el Sr. Fernández, pueden estar en comunicación con ellos ante el altar i teniendo en sus manos el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo!

SR. PBRO. D. TIBURCIO MENDOZA,

CURA DE TARECUATO.—MICHOACAN.